

LECTURA, CULTURA Y VIDA ESPIRITUAL²⁸

Nosotros no podemos leer como lo hacían nuestros Padres por dos razones. En primer lugar, porque ya no tenemos los mismos textos y luego porque ya no lo hacemos de la misma manera. Por lo tanto, la materia y la manera de la lectura han evolucionado simultáneamente. Pero todo esto, que es importante, se refiere a la práctica, no a la convicción de que hay que leer, y de que hay que hacerlo para encontrar a Dios, para unirse a su Palabra por la mediación de las palabras que Él nos ha dicho y que continúa diciéndonos bajo forma de escritos antiguos o recientes y de acontecimientos contemporáneos.

¿Por qué leer? ¿Qué leer? ¿Cuándo leer? ¿Cómo leer? Otras tantas preguntas que no se plantean ya del mismo modo que antaño, y que podemos reducir a dos campos: el de la materia y el de la manera de la *lectio divina*, la “lectura sobre Dios”, hoy.

I. La materia

En el tiempo de san Benito, y hasta una época tardía de la Edad Media, había pocos libros en cada lugar: una Biblia, habitualmente una sola por monasterio, —e incluso sabemos que no siempre estaba completa desde la fundación— y, en materia de obras religiosas y profanas, lo que hoy equivaldría a algunos volúmenes de una de las *Patrologías* de Migne. Actualmente, además de las Biblias personales que a veces son Biblias de bolsillo, contamos con los trescientos ochenta y cinco volúmenes de las *Patrologías griega y latina* a los que se agregan los de la *Patrología oriental*, los millares de volúmenes de nuestras bibliotecas y las decenas de revistas y diarios: todos estos escritos contienen cosas válidas para nosotros, respecto de Dios y de nuestro encuentro con Él. Disponemos cada semana de una cantidad de textos para leer igual a la que antaño tenía un monje durante toda su vida. No podemos leer todo. ¿Cómo hacer nuestra selección?

Todos estos textos no tienen el mismo valor y, en consecuencia, no deben ser leídos de la misma manera. La manera de leer depende de la materia de la lectura. Podemos distinguir por lo menos dos grandes categorías de textos: por una parte, los que constituyen el objeto de una “lectura espiritual” propiamente dicha, en el sentido en que tiende a convertirse en una “lectura rezada” u “orante”, incluso aunque más o menos tenga forma de estudio; y, por otra parte, los textos cuya lectura contribuye a la “cultura” del que “lee para orar”. Pero la frontera entre estos dos campos no siempre es muy neta y normalmente hay interferencias de uno y otro. La “lectura espiritual” es una preparación directa, próxima para la oración, pero la lectura de tipo “cultural” también es una preparación, aunque sea indirecta y a veces más lejana. El hombre que lee y reza es uno: a él le corresponde hacer la síntesis entre estos dos medios de desarrollar su personalidad y su espiritualidad, de reaccionar en la oración en la presencia de Dios: la lectura orante debe integrar, asimilar su cultura y ésta, a su vez, enriquece su oración.

Consideremos aquí solamente los textos que tienen por objeto los misterios de la fe, cuyo conocimiento y estudio es el alimento principal y necesario de la oración cristiana. Incluso sobre este tema así delimitado, podríamos decir mucho. Pero, de un modo general, nos parece que seremos fieles a la tradición monástica si damos preferencia a lecturas de tipo patrístico. Sabemos que la noción de “patrística” es extensible: lo fue en el pasado y sigue siéndolo. Se designa con el nombre de “Padres” de la Iglesia a los que han dado origen a la doctrina de la Iglesia, a partir de aquella simiente de la Palabra de Dios transmitida por la Sagrada Escritura y por la tradición apostólica, y que son

²⁸ De *Lettre de Ligugé*, N° 154, 1972. Tradujo: Hna. Isabel Guiroy, osb. Abadía de Santa Escolástica, Argentina.

posteriores a la época de los denominados “Padres apostólicos” por haber vivido en el tiempo de los Apóstoles o poco después. Los grandes doctores de los siglos IV y V los consideraban como “padres” en ese sentido. Luego, en el s. VI, san Gregorio Magno y sus contemporáneos contaron a estos “teólogos” entre los Padres. Más tarde, en los siglos VII y VIII, san Isidoro, Beda el Venerable y otros les asimilaron a san Gregorio. En la época carolingia, san Isidoro y Beda entraron en esta categoría. Los glosadores del s. XII y los doctores escolásticos del s. XIII introducen en ella a los autores carolingios: Rábano Mauro, Pascasio Radberto y tantos otros. En los siglos XVI y XVII, los humanistas que editaron los monumentos importantes del pasado percibieron el interés que presentaban los escritores del s. XII, particularmente los representantes de la tradición monástica. Ruperto de Deutz, san Bernardo, los autores cistercienses, benedictinos y cartujos, así como también los testigos de la tradición canónica como Hugo y Ricardo de Saint-Victor. Mabillon hizo suya una fórmula ya antigua, que Pío XII canonizaría, por decirlo así, al convertirla en la primera frase de una encíclica: en ella se afirmaba que el Abad de Claraval había sido “el último de los Padres, y ciertamente no inferior a los primeros”. Esto no quería decir que después de él no haya habido más “Padres”, sino que él había formado parte de la serie que ellos constituyeron y que, en su época, había sido uno de ellos e, incluso, para sus contemporáneos, el último de ellos. De hecho, san Bernardo origina toda la renovación de lo que Gilson denominó “la patrística del s. XII”.

¿La patrística medieval fue la última de las que produjo la Iglesia? ¿Qué es entonces lo que caracteriza lo “patrístico”? Podemos pensar que es un cierto carácter de unidad realizado en dos maneras. En primer lugar, unidad entre las diferentes “fuentes cristianas” que se reducen a tres: la Biblia, la liturgia y la literatura patrística antigua, de las que se ha dicho que constituyen el triángulo de base sobre el que se edifica toda la cultura cristiana. Es inútil insistir en el carácter bíblico de la liturgia, en el hecho de que los Padres antiguos han comentado sobre todo la Biblia y la liturgia, y la Biblia en y para la liturgia. En lugar de ser “biblistas”, “liturgistas” o “patrólogos”, es decir, especialistas que se limitaban a una sola disciplina cada uno, realizaban en su enseñanza la síntesis viva de todas las riquezas provenientes de las tres fuentes de base.

En segundo lugar, realizaban igualmente la síntesis de todas sus “potencias” o facultades como medios para asimilar todo este conocimiento. A partir de una época medieval tardía, aparecieron a veces libros de piedad sin doctrina y obras de teología sin piedad; en los tiempos modernos, algunos filólogos y arqueólogos evitaban toda consideración religiosa que no fuera de carácter estrictamente erudito, y algunos “autores devotos” ignoraban a veces todo lo referente a las ciencias eclesiásticas; y sucedía que se gloriaban de ello. Estos no fueron representantes de la patrística antigua y medieval: el mismo san Agustín, para no citar más que un ejemplo, escribía comentarios exegéticos tan sabios como podían serlo en su tiempo, escritos de controversia extremadamente sutiles, obras pastorales de gran alcance práctico y “confesiones” y exhortaciones espirituales de una elevación espléndida. Ellos aplicaban todo su ser al dato tradicional, sin que su corazón estuviera reducido al silencio mientras su cabeza estudiaba. Ahora bien ¿no vivimos nosotros en una época patrística? Ya en el siglo XIX, un Newman, un Möhler y otros señalaron el camino. Pero sobre todo desde hace dos o tres generaciones, ¿no hay entre nosotros grandes hombres de la Iglesia que realizan esa doble síntesis de las fuentes cristianas y de las facultades del hombre, y que nos entregan los frutos de su investigación intelectual y de su experiencia espiritual, en escritos que simultáneamente alimentan la fe y estimulan la oración? Podríamos citar muchos nombres. Sin esta patrística contemporánea ¿hubiera sido posible el Concilio Vaticano II? Podemos pensar incluso que cuanto más nos alejamos de los orígenes tanto más se enriquece la herencia espiritual de la Iglesia. ¿Con qué derecho nos limitaríamos a leer solamente los escritos antiguos? Algunos de los más recientes, tan alimentados de sustancia tradicional como los antiguos ¿no están más acordes con la psicología de los hombres de hoy, con sus necesidades y sus posibilidades? Basta plantear aquí esta pregunta, sin desarrollar las consecuencias prácticas de la respuesta que puede dársele. Hoy en día, un san Bernardo hubiera sin duda consultado y recomendado artículos de revistas y obras referentes no sólo a la exégesis sino a los problemas teológicos actuales. Esta atención a la “patrística” de todos los tiempos, comenzando por la época en que vivimos, es sin duda uno de los datos constantes de la tradición monástica.

II. La manera

Si la materia de la lectura sobre Dios y para Dios ha cambiado en continuidad con una convicción tradicional, ¡cuánto más todavía la manera! Ni el hombre occidental actual, ni el de otras civilizaciones tiene la misma psicología que el de la Antigüedad o de la Edad Media, ya sea en Oriente o en Occidente. Las consecuencias prácticas de este hecho son múltiples, en el triple campo del método que se debe emplear, la actitud espiritual que se debe adoptar y los campos culturales que se deben explorar. A falta de espacio para desarrollar estas consideraciones, bástenos aquí llamar la atención sobre algunos de estos puntos.

En efecto ¿no sería ingenuo tomar al pie de la letra las únicas cuatro palabras que aparecen en la Regla de san Benito con respecto a la manera de leer –*per ordinem ex integro*– como si necesariamente debiéramos leer de un extremo al otro y página tras página –incluso en Cuaresma, como penitencia– todos los artículos y obras de las que hoy disponemos para alimentar nuestra fe y nuestro espíritu de oración? ¿Por qué no considerar esta fórmula de la Regla con la misma libertad con que se han considerado tantas otras? Sin duda que hoy el autor de la Regla desearía que usáramos nuestra inteligencia tal como la modela la civilización a la que pertenecemos; actualmente existen medios de fijar nuestra atención, métodos de “lectura dinámica”, nuevos ritmos de percepción y de memorización, criterios de “lectura selectiva”, formas de “lectura colectiva” o “compartida”, procedimientos de hermenéutica, mass media, posibilidades de cultura y tantos otros datos que él no podía prever, pero que son compatibles con esa búsqueda de Dios que era su preocupación y que incluso la favorecen mucho: le seremos fieles si sacamos provecho de todo esto. La verdadera manera tradicional de leer, será leer de un modo distinto al de los monjes de la Antigüedad, de la Edad Media e incluso de todas las épocas que precedieron a ésta en la que tenemos el exigente privilegio de existir; y aplicarnos a la búsqueda de Dios con el mismo ardor que los monjes de todos los tiempos, pero de un modo distinto y encontrar a Jesucristo en su Iglesia por la gracia de su Espíritu.

Clervaux, Luxemburgo